

»brand. Apiadaos de mí, y desead que pueda renoverme, en tanto que como un enfermo voluntario, bebo un antidoto de Eysell contra mi fuerte corrupción... No puedo, sin embargo, confesártela por temor que te deshonres deplorando mi falta. No puedo dispensarme el honor de favorecerme en público sin quitar honor á tu nombre, *unless thou aké that honour from thy name.*»

Han creído algunos comentadores que Shakespeare tributaba homenaje á la reina Isabel ó á lord Southampton, simbólicamente transformado en querida. Nada mas comun en el siglo xv que semejante misticismo de pensamiento, y tal abuso de alegoría: Hamlet habla de Yorik como de una mujer cuando los sepultureros encuentran su cráneo: «¡Ah, pobre Yorik! yo le he conocido, Horacio era un alegre compañero dotado de exquisita imaginación... ¡Allí estaban adheridos aquellos labios que yo he besado no sé cuántas veces!» «That y have kiss'd y know not how oft!» En tiempo de Shakespeare, aun no se habia introducido la moda de besar en la mejilla: Hamlet dice á Yorik lo que Margarita de Escocia dijo á Alain Chartier.

De todas maneras, muchos de sus sonetos fueron indudablemente dirigidos á mujeres. Algunas de esas efusiones eróticas están desfiguradas por sutilezas y juegos de palabras; pero su armonía le valió al autor el sobrenombre de *poeta de la lengua de miel*. Desde Cátulo vienen los discípulos de las Musas, tratando de darse prisa á coger del tallo la rosa antes que se marchite; Shakespeare habla con mas claridad: invita á su amiga á renacer en una hermosa niña, la cual renacerá á su vez en otra, y así de seguida: ese es el medio mas seguro de coger la rosa antes de marchitarla.

El creador de Desdémona y Julieta se iba envejeciendo sin dejar de estar continuamente enamorado. La mujer desconocida á quien se dirigia por medio de hermosos versos, se consideraba feliz, se enorgullecía de ser el objeto de los sonetos de Shakespeare? bien puede dudarse: la gloria es para un anciano lo que los diamantes para una vieja; la adornan, pero no la emellecen.

*My love is strengthen'd, though more weak in seeming, etc.*

«Mi amor se aumenta, aunque en aperiencia es mas débil... nuestro nuevo amor se hallaba todavía en la primavera, cuando yo acostumbraba saludarlo con mis versos; así es como Filomena canta al principiar el verano, y va reteniendo los suspiros á proporcion que los dias van llegando á su perfección, no porque el verano sea ahora menos dulce que cuando los himnos melancólicos del ruiseñor *silenciaban* (imponian silencio á) la noche, sino porque ahora de cada rama se eleva una nueva melodía, y las cosas agradables pierden su mas preciado encanto cuando llegan á hacerse comunes. Imitando al ruiseñor, suspendo alguna vez mis canciones para no cansaros con ellas.»

*Thar time of year thou may'st in me behold,  
Wen yellow leaves, or none, or few, do hang, etc.*

«En mí puedes contemplar aquella estacion en que algunas hojas amarillentas penden de las ramas que se estremecen al soplo de la brisa, bóvedas ruinosas y despojadas donde en otro tiempo gorgeaban las avecillas... En mí puedes ver el rayo de un fuego que se estingue sobre las cenizas de su juventud, como sobre el lecho de muerte en que espira, consumido por lo que servia de pábulo. Estas cosas que ves, deben hacer que tu amor sea mas solícito en amar un bien que no tardará en perder.»

*Fo longer mourn for me; when I an dead;  
Than you shall hear the surly sullen bell, etc.*

«No lloréis largo tiempo por mí cuando habré muerto: oireis la triste campana, suspendida en lo alto, anunciar que he huido de este mundo vil para habitar con los gusanos que aun son mas viles. Si leéis estas palabras, no recordéis la mano que las ha escrito: es tanto lo que os amo que quiero ser olvidado en vuestros dulces recuerdos, si mi memoria os ha de producir el menor desconsuelo. ¡Ah! si llegais á fijar una mirada en estos renglones cuando yo no seré mas que una masa de arcilla, no repitais mi pobre nombre: desvanézcase vuestro amor juntamente con mi vida.»

Mas que la sensibilidad, la pasión y la profundidad dominan en esas composiciones la poesía, la imaginación y la melancolía. Shakespeare ama; pero el amor no le inspira mas fe que otra cualquier cosa; para él una mujer no es mas que un ave, una brisa, una flor, un objeto que encanta; pero que pasa con presteza. Al contemplar la indiferencia con que miraba su celebridad, ó la ignorancia que de ella tenia, al verle aislarse de la sociedad, desviándose de las condiciones á que podia aspirar, no parece sino que Shakespeare consideró la vida como una hora ligera y desocupada, como un pasatiempo rápido y agradable.

Los poetas profesan mas amor á su libertad y á su musa que á su querida. El papa ofreció al Petrarca secularizarlo á fin de que pudiera casarse con Laura: el Petrarca contestó al favor de su santidad diciendo: «*Aun tengo que hacer muchos sonetos.*»

Shakespeare, ese espíritu tan trágico, sacó sus tonos patéticos del esceso de su ironía y del desprecio de sí mismo y de toda la raza humana: de todo dudaba: *Perhaps* (acaso) es una palabra que no se aparta de sus labios. Montaigne, al otro lado del mar, no se cansaba de repetir. «Tal vez. ¿Quién sabe?»

SHAKESPEARE EN EL NÚMERO DE LOS CINCO Ó SEIS GRANDES GENIOS DOMINADORES.

Concluamos.

Shakespeare es uno de los cinco ó seis escritores que han bastado á las necesidades y al alimento de la poesía, esos genios matrices, parece que han creado y educado á todos los demás. Homero fecundó la antigüedad; Esquilo, Sofocles, Eurípides, Aristófanes, Horacio y Virgilio son hijos suyos. Dante engendró la Italia moderna desde el Petrarca al Taso. Rabelais creó la literatura francesa; Montaigne, La Fontaine y Moliere son vástagos de aquel tronco. La Inglaterra es enteramente de Shakespeare, y hasta en nuestros tiempos ha dado su lenguaje á Byron, y la forma de su diálogo á Walter-Scott.

No falta quien con frecuencia reniega de esos maestros supremos, ni quien se subleva contra ellos: se les acusa de pesadez, de extravagancia, de mal gusto, al propio tiempo que se hace alarde del trofeo de sus despojos; pero en vano es agitarse bajo su yugo. Todo se líne de sus colores: no hay rincón donde no se hayan estampado sus huellas. Los nombres y las palabras que aquellos grandes maestros inventaron han aumentado el vocabulario general de los pueblos: sus dichos y sus expresiones se han convertido en proverbios, y sus personajes imaginarios han llegado á ser realidades, y son ya hijos de solar conocido. Ellos abrieron nuevos horizontes de donde continuamente siguen brotando nuevos haces de luz; ellos sembraron ideas de las que germinan otras innumerables; ellos dieron la imaginativa, el asunto y el estilo á todas las artes; sus obras son minas inagotables; son las entrañas del espíritu humano.

Son talentos que ocupan el primer puesto: lo inmenso, lo variado, lo fecundo, lo original que en ellos resplandece los dan desde luego á conocer como ley, ejemplar, molde y tipo de las demás inteligen-

cias, así como hay cuatro ó cinco razas de hombres de los cuales todos los demás no parecen sino matices ó ramificaciones. Guardémoslos bien de insultar el desorden en que alguna vez caen aquellos seres poderosos: no imitemos la conducta de Cam el maldito; no nos riamos, si por casualidad encontramos desnudo y dormido á la sombra del arca encallada en la cumbre de las montañas de Armenia, al único y solitario marinero del abismo. Respetemos á ese marinero diluviano que volvió á dar principio á la creación después de haberse agotado las cataratas del cielo: seamos hijos piadosos, que deseando merecer la bendición de nuestro padre, lo cubramos públicamente con nuestro manto.

No pensó Shakespeare mientras gozó de la existen-

cia vivir mas allá de la tumba ¿qué le importa en la actualidad nuestro cántico de admiración? Admitiendo todas las suposiciones, discurrendo con arreglo á todas las verdades y á todos los errores de que está penetrado ó imbuido el espíritu humano ¿qué le importa á Shakespeare una celebridad, cuyo rumor no puede llegar hasta él? Si le cupo la suerte á que siendo cristiano pudo aspirar ¿qué le importará la vanidad del mundo ahora en el seno de las eternas felicidades?... Nada tan vano como la celebridad después del sepulcro, con tal que no haya hecho revivir la amistad, con tal que no haya sido útil á la virtud, ó socorrido á la desgracia, pues en tal caso allá en el mismo cielo nos concederá la fruición de una idea consoladora, generosa y salvadora dejada por nosotros sobre la tierra.

## TERCERA PARTE.

### LITERATURA BAJO LOS PRIMEROS ESTUARDOS Y DURANTE LA REPUBLICA.

LO QUE INGLATERRA DEBE Á LOS DOS ESTUARDOS.

Al solo nombre de Estuardo surge en la mente la idea de una larga tragedia. Pregúntase si no habria convenido mas que Shakespeare hubiera nacido en esa época; no habria convenido, porque entonces el gran trágico agitado por el torbellino de la revolución, no hubiera tenido ocasion de desarrollar las diversas partes de su talento, ó tal vez lanzándose en la senda de la política, no habria producido nada y los hechos habrian devorado su existencia.

La Gran Bretaña debe á la raza de los Estuardos dos cosas inapreciables para una nación, la fuerza y la libertad. Jacobo I, al unir la corona de Escocia á la de Inglaterra, reunió los pueblos de la isla en un solo cuerpo, y dió fin á la guerra extranjera. La Escocia tenia alianzas continentales: casi todas las veces que entre Francia é Inglaterra estallaban hostilidades, la Escocia solia ponerse al lado de la primera. Si Escocia no hubiese ya estado incorporada á Inglaterra en 1792 esta no habria podido sostener la prolongada lucha de la revolución.

Por lo tocante á la libertad inglesa puede decirse que los Estuardos la fijaron combatiéndola: Carlos I la pagó con su cabeza, y Jacobo II, con su raza.

JACOBO I.—BASILICON DORON.

Figuran las medianías en las respectivas épocas de su existencia por la razon de ser naturalmente molestas, intrigantes, y envidiosas y porque de lo vulgar de los hombres y las cosas se compone el aparato del mundo, pero una vez pasada aquella época, nada seria capaz de resucitar á la turba vulgar, que designada ya por la buena fe de la muerte, se llenaria de asombro al verse devuelta á la vida, y ni siquiera acertaria á tenerse de pie. Algunos personajes son los únicos que permanecen en el antiguo lienzo del tiempo, cuando todo lo restante del cuadro ha desaparecido: de estos es de quienes únicamente conviene ocuparse, pues los secundarios basta nombrarlos, en los intervalos que las grandes figuras van dejando entre sí. Sin embargo es esencial ir notando de paso las revoluciones ocurridas en el fondo y en la forma del pensamiento humano. He dicho *esencial* por hablar como los que se dan importancia y como los doctos, pues fuera de la religion y sus virtudes ¿qué puede haber de esencial en el mundo?

El primero de los cuatro Estuardos que subió al

trono de Inglaterra, dejó obras mas apreciadas que su memoria: hago mencion de ellas, preciso es reproducir la memoria de los reyes que pueden escribir sobre el Apocalipsis, la verdadera ley de las monarquías libres, y el *Regis Donativo* (*Basilicon Doron*). Si Jacobo I no se hubiese tomado tanta molestia en establecer el *derecho divino*, y en conquistar el titulo de *Sacra Magestad* no habria dado lugar á que se atribuyese á su desgraciado hijo la composicion del *Icon Basilike*, ó *Basilicon Doron*.

De todas maneras esta obra merece un exámen particular: encierra curiosas noticias históricas y presenta bajo un nuevo aspecto á Jacobo I.

El *Donativo* ó *Presente regio* está dedicado á Enrique, hijo mayor de Jacobo. El rey en su dedicatoria al joven príncipe, le dice: «Me valgo de una antigua traducción francesa; fiel é ingenua, y á fin de que esta instrucción no sea gravosa á vuestra memoria la he dividido en tres partes. La primera os manifestará vuestro deber para con Dios como cristiano, la segunda vuestro deber para con el pueblo como rey, y la tercera os enseñará cómo debéis conducir en las cosas comunes y ordinarias de la vida, que no son ni buenas, ni malas en sí mismas, sino atendido el buen ó mal uso que se hace de ellas, y que sin embargo contribuirán al aumento de vuestra reputación y autoridad si sabeis emplearlas discretamente.»

El rey se dirige en seguida al lector.

«Entre aquellas de mis acciones mas secretas; que contra lo que yo esperaba han llegado á noticia del público, debe contarse un escrito, que he denominado *Donativo regio*, porque le dedicaba á mi hijo mayor, destinado por Dios, segun lo creo, á sentarse en el trono después de mí.

«A fin de que ese escrito permaneciera oculto, le exigí al impresor juramento de que no tiraria mas que siete ejemplares para distribuirlos y hacerlos guardar secretamente por siete de mis mas íntimos servidores: de esta manera podia esperar que aunque el tiempo que todo lo destruye y consume, hiciera desaparecer los mas de aquellos ejemplares, aun queria después de mi muerte alguno que diera testimonio á mi hijo de la sinceridad de mi afecto y del cuidado que he tenido de su educacion.

«Mas, puesto que contra mi designio ese escrito, se halla publicado por todas partes, y está sujeto á la censura de todos (pudiéndolo cada cual juzgar á medida de su propia índole ó inclinaciones), me veo

por último obligado á consentir su impresion.»

La primera parte de la obra, ó sea *Deberes de un rey cristiano para con Dios*, contiene cosas buenas pero comunes, el único pasaje notable que en él se encuentra es el siguiente:

«He dicho que la conciencia es la depositaria de la religión. Es como un ojo que Dios ha puesto en el interior del hombre que sin cesar está velando sobre todos los actos de su vida, para darle placer y contento cuando obra bien, y un vivo pesar cuando por el contrario obra mal. Pues así como la conciencia sirve de tortura y de verdugo á los malvados, así se convierte en consuelo para los que proceden con rectitud.»

«No es una ventaja tener en sí mismo durante nuestra vida un registro tan fiel de todos los pecados que han de servirnos de acusación en la hora de nuestra muerte, y en el juicio final?»

«Conservad por lo tanto pura vuestra conciencia, hasta de las manchas ó imperfecciones á que los hombres están por la mayor parte sujetos: libradla de la estupidez que engendra el ateísmo, y de la superstición, madre de las herejías. La primera de estas dos cosas me parece comparable á una alma plagada de lepra, á una conciencia cauterizada, que ha perdido toda sensibilidad y está aletargada en el pecado. Por la segunda, esto es, por supersticiosos entendiéndolos que se enlazan mutuamente para servir á Dios de un modo ó forma distinta de la que se dignó mandarnos por medio de su divina palabra.»

La segunda parte del *Regio donativo*, esto es, *Deberes de un rey en su cargo*, se abre con este bello exordio.

«Campeando en vos las dos cualidades de cristiano y de rey, preciso es que os esmereis en cumplir bien con los deberes que os imponen, á fin de que seáis tan buen monarca como buen cristiano, gobernando con justicia y equidad, lo cual se conseguirá de dos maneras: la una estableciendo buenas leyes y haciéndolas cumplir, sin lo cual nada adelantaría, puesto que el cumplimiento es la vida de la ley, y la otra procurando que por vuestras costumbres y vuestra vida os propongáis como perfecto modelo á vuestros vasallos, pues naturalmente el pueblo modela sus costumbres con arreglo á las del soberano; el poder y la influencia que las leyes ejercen sobre los pueblos no alcanza á lo que puede esperarse del buen ejemplo de los que están encargados de su dirección.»

Jacobo parece un profeta de familia cuando escribe estos párrafos sobre la muerte de un buen rey y sobre la de un tirano.

«En primer lugar considerad la diferencia que hay entre un rey legítimo y un tirano, y de este modo comprenderéis mucho mejor cuál es vuestro deber; pues las cosas contrarias puestas en oposición aparecen más de relieve y se dejan ver con más claridad. El primero (el rey legítimo) sabe que existe para su pueblo y que es responsable ante Dios del cargo y del gobierno que éste le ha conferido. El otro (el tirano) piensa que el pueblo existe para él, es decir, para que le sirva en sus pasiones y apetitos desreglados; en una palabra, se imagina que el pueblo es su presa, y la tiranía fruto de su dominación.»

«Y si bien es cierto que hay algunos que la deslealtad de sus súbditos hace morir antes de tiempo (lo cual sucede rara vez), tampoco lo es menos que su reputación vive después de ellos, y que la deslealtad de aquellos malvados va siempre seguida del castigo en sus cuerpos, bienes y reputación y que su infamia pasa á la posteridad. Mas por lo que hace al tirano arma con su mala vida, y provoca por último sus súbditos á convertirse en verdugos: y si bien la revolución por parte de estos nunca es laudable, era tan grande el hastío y el cansancio que el tirano cau-

saba con sus arrebatos, que la mayor parte del pueblo no siente su caída, ni mucho menos sus vecinos. Por lo tanto además de la abominable memoria que el tirano deja en pos de sí en este mundo y de las penas eternas que le esperan en el otro, sucede con frecuencia que los autores de aquel asesinato salen impunes, y el hecho queda sancionado por las leyes y aprobado por la posteridad. Muy fácil os será pues, hijo mio; elegir entre esos dos modos de vivir el mejor y asegurar vuestra vida y vuestro estado marchando por el camino de la virtud, en cuyo caso aunque os sucediese algún infortunio, por lo menos seríais llorado de la gente de bien; vuestra vida merecería aprobación y la fragancia de vuestro nombre se extendería á todo el mundo.»

Al hablar de los excesos que es preciso reprimir, Jacobo dice á su heredero:

«Puesto que teneis la autoridad legítima de juez y soberano, no consentáis que aquellos á quienes debéis el honor de vuestro origen, y que han ejercido dominio y autoridad sobre vuestra misma persona, sean difamados de nadie. Esto debéis hacer por vuestro propio interés y para que los venideros no os traten tan sin consideración como habeis consentido que se tratara á los antecesores.»

«Teniendo pues, el honor de traer vuestro origen de tan ilustres antepasados como lo son los príncipes de la cristiandad, reprimí la insolencia de los maldecientes que á pretexto de tachar un vicio en la persona, intentan maliciosamente tachar la raza y la familia entera para hacerla odiosa á la posteridad. ¿Qué amor podéis prometeros de los que quieren mal á vuestros padres? ¿Por qué razón hay tanto afán en destruir los lobeznos, y los cachorros de la raposa, sino por el odio que todo el mundo profesa á su malévola raza? Y por qué razón el potro de un corcel de Nápoles tiene en el mercado más valor que el de un rocín, sino por el aprecio en que se tiene la raza de que procede? Monstruoso es en efecto ver que una persona aborrece al padre y ama á los hijos, y en verdad tampoco hay camino más breve para hacer que el hijo sea despreciado que el difamar al padre y entregarlo al odio. En una palabra, hablo como amaestrado por mi propia experiencia, pues además de los juicios de Dios que he visto recaer sobre los principales autores de las conspiraciones tramadas contra mis padres y antecesores, puedo afirmar que no he encontrado servidores más fieles ni afectos á mi persona, aun en lo más crítico de mis apuros y aflicciones, que aquellos que les sirvieron lealmente hasta el fin, en particular á la reina mi madre. Hablo de aquellos que ya entonces se hallaban en la edad de la discreción. Por lo tanto, hijo mio, descargo mi corazón y mi conciencia manifestándoos la verdad, y no me cuidó de lo que dirán ó pensarán los traidores, sus fautores ó cómplices.»

Estas enérgicas palabras demuestran que Jacobo fue calumniado por los que lo supusieron indiferente á la catástrofe de su madre, y tienen tanto más mérito cuanto que aun no era rey de Inglaterra cuando las escribió. En Escocia le rodeaban los enemigos de María Estuardo, y aun vivía aquella Isabel cuyo trono estaba esperando.

El siguiente párrafo da una idea del estado de Escocia en aquella época.

«Esta cuestión me pone en el caso de hablar de los excesos y desolaciones que se cometen en lo alto del país de Escocia y en las fronteras. Allí hay que distinguir dos clases de hombres. Unos que son los que habitan en tierra firme, presentan en medio de su grosería algún resto ó apariencia de civilización. Otro, los que moran en las islas, son enteramente salvajes ó incivilizados. Ejecutad rigurosamente mis ordenanzas respecto de estos hombres, de sus jefes y conductores y es de esperar que conseguireis domar-

los. Por lo que hace á los otros, seguid también mi plan y mi designio de establecer colonias de gente civilizada en nuestra isla á fin de que se dulcifiquen las costumbres de aquellos bárbaros, ó bien trasportarlos á otra parte. Mas por lo relativo á la frontera, considero superfluo el seguiriendo dando instrucciones por cuanto sé que si no llegais á ser un día señor de toda la isla, según por derecho de sucesión os corresponde, con dificultad vendreis á cabo de gozar tranquilamente esa parte septentrional que es la más estéril y áspera. Mas si algún día llegais á ser señor de toda la isla, estableceréis allí vuestro dominio lo mismo que en todo lo restante del país, pues en tal caso esa frontera vendrá á ser el centro de vuestro reino.»

«La reforma de la religión se hizo en Escocia de un modo bastante extraordinario y por obra de Dios no se verificó el cambio, así como en nuestros vecinos de Inglaterra en Dinamarca y otros varios puntos de Alemania con orden y por autorización del príncipe ó magistrado soberano. De esto resultó que varios espíritus turbulentos y sediciosos, en medio del desorden adquirieron tal autoridad sobre el pueblo, que habiendo luego saboreado las dulzuras del mandato, empezaron á simular entre ellos una forma de gobierno popular, aprovechándose de las desgracias de mi abuela, y posteriormente de la licencia ocasionada por mi larga minoría. Estos hombres adelantaron la obra de su imaginaria democracia, hasta el punto que para la sucesión no alimentaban ya más esperanza que la de convertirse en tribunales del pueblo.»

Lo que Jacobo I dice en este pasaje respecto de la cuestión puritana, explica la teoría de *derecho divino* que tan desgraciadamente hizo sostener en lo sucesivo. No habiendo visto más resultados producidos por la soberanía del pueblo que turbulencias y desolaciones, se escudó en el *derecho divino*, y aun no se creía bastante seguro en el principio de la monarquía hereditaria.

Jacobo discurre también acerca de la nobleza, y examina sus defectos y cualidades. Un espíritu lleno de discreción domina en el sistema del rey acerca de los cargos del Estado. Respecto de las clases industriales, Jacobo se anticipa á las ideas de su siglo y quiere: *que se dé y se publique toda libertad de comercio á los extranjeros.*

Al hablar del matrimonio de los príncipes, el rey recomienda á su hijo la pureza, y entre las instrucciones morales que le da sobre este particular, campea un consejo político, digno de atención por su exactitud.

«Preciso es que atendais principalmente á las razones en que se funda la institución del matrimonio, y todas las demás cosas os serán dadas como de añadidura. Esto me hace desear que tomeis una esposa que pertenezca exclusivamente á vuestra religión, con tal que su rango y demás cualidades sean compatibles con vuestra dignidad y estado. Bien sé que desgraciadamente el número de grandes príncipes que profesan nuestra religión es pequeño, y que por lo tanto será difícil seguir mi consejo, mayormente si reflexionais en las siguientes dificultades. Siendo vos y vuestra esposa miembros de dos iglesias opuestas ¿cómo hareis para ser los dos una misma carne, y para profesaros la necesaria amistad? La diversidad de religiones trae también naturalmente consigo diversidad de costumbres: la división de vuestros pastores producirá división en vuestros súbditos, que no podrán menos de seguir el ejemplo de vuestra casa y familia, y de aquí nacerá la mala educación de vuestros hijos. No presumáis de poder manejar y arreglar una mujer á vuestras costumbres. — Salomón, el más sabio de todos los reyes, se engañó y se dejó engañar por las mujeres: tened entendido que

«el don de perseverancia viene de Dios y no de nosotros.»

Si Carlos I hubiese seguido el consejo que Jacobo daba á Enrique, se habría ahorrado gran número de incomodidades.

Por lo demás, el horror con que el rey de Escocia habla de ciertas depravaciones, me hace creer que hasta en este punto ha sido mal juzgado: una palabra soldadesca de Enrique IV de Francia, no puede tener autoridad histórica, ni más significado que el de una exclamación vulgar (*ventre-saint-gris*). El haberse abandonado á favoritos es prueba de debilidad; pero por sí sola no supone depravación: el que está plagado de vicios vergonzosos, los oculta; mas no hace, con cierto acento, el elogio de las virtudes opuestas: el velo de las alabras no alcanzará á cubrir el rubor de la frente.

La tercera parte del *Basilicon Doron*, de la conducta del rey en las cosas comunes é indiferentes, agrada por su candidez. Jacobo da lecciones á su hijo sobre el modo de manifestar mas gracia y buenos modales en la mesa. «Enrique no debe ser goloso, ni gloton: los manjares que comas deben ser condimentados sin muchas salsas, porque tales composiciones y mezcolanzas parecen mas bien formularios de botica que alimentos para comer, y porque su uso fue objeto de crítica en la antigua Roma.» Enrique debe evitar la embriaguez, vicio que crece con la edad y no muere sino con la vida. «En vuestras comidas, hijo mio, tratad de no ser grosero ó asqueroso, como un cínico, ni pulcro ó nimio como una novia; comed de un modo franco, varonil y decoroso. Sed igualmente parco en el dormir... y no hagais caso de sueños ni de vagos presagios... Vuestro vestido debe ser modesto, no superfluo como el de un disoluto, no mezquino y grosero como el de un miserable, no afeminadamente adornado, ni vistoso como el de un galán de la corte, no desmazelado y ordinario como el de un rústico, no abigarrado como el de un gendarme casquivano ó de un mozallete relamido, no demasiado grave ó sencillo como el de un celérgo... En tiempo de guerra procurad que vuestro vestido sea mas grave y vuestro ademán mas gallardo y resuelto. Sin embargo, todo eso sea sin llevar largo el cabello ni las uñas, que no son mas que descrementos de la naturaleza.»

Por lo tocante á los juegos y ejercicios corporales, Jacobo desea que su hijo proceda con buen acierto: para eso le recomienda la *carrera*, el *salto*, la *esgrima* y la *pelota*. «Ejercitaos, hijo mio, en domar caballos altos, que son los más fogosos, á fin de que pueda decirse de vos lo que Filipo decía de su hijo Alejandro: La Macedonia es poca cosa para él.»

Jacobo permite á su hijo el ejercitarse en la caza, particularmente en la que se hace con sabuesos, que es la que le parece más noble y adecuada á un príncipe. Por lo demás, le aconseja que consulte á Jenofonte, autor antiguo y famoso, el cual dice Jacobo no habrá seguramente escrito para adularnos.»

«En vuestro lenguaje, hijo mio, sigue el rey diciendo, cuidad de espesaros con franqueza, sencillez correcta y sentenciosamente, evitando los extremos de usar palabras demasiado vulgares, ó espresiones demasiado estudiadas, que trascienden á escrito... Si vuestra imaginación os induce á escribir en prosa ó en verso, nada hallo reprehensible en que la ejerciteis; pero no emprendais obras muy largas, porque podrían distraeros de vuestra principal ocupación.»

«Para escribir decorosamente, conviene ante todo elegir un asunto digno de vos, lleno de virtud, y no de vanidad, y al tratarlo procurareis ser claro é inteligible en cuanto os sea dable. Si escribís en verso, acordaos que vuestros pensamientos sean tales, que aun puestos en prosa y sin la sonora cadencia de la

»rima, conserven en la riqueza de las ideas, y en la oportunidad de las comparaciones el esplendor y la gracia de la poesía: de aquí vereis que no todo el mérito de ésta consiste en la dulzura y elegante combinación de las palabras. También os aconsejo que no escribais sino en vuestro propio idioma, pues sobre ser muy poco lo que ya puede decirse en griego ó en latín, correis el riesgo de ser aventajado por cualquiera estudiante. Es también más decoroso para un soberano el adornar y enriquecer su propio idioma, en cuyo conocimiento debe aventajar como en todas las demás cosas honestas y recomendables á sus súbditos.»

Curiosos son estos últimos consejos: aquel rey autor, que con tanto énfasis se espresaba ante sus Paramentos, se manifestaba lleno de tanta mesura como de buen gusto al hablar á su hijo. El final de la obra revela gran perspicacia: Jacobo está persuadido de que tarde ó temprano la reunión de Escocia é Inglaterra producirán un poderoso imperio.

Si me he estendido tanto sobre esa producción de Jacobo, consiste en que la considero como casi olvidada en la actualidad; pues nadie la conoce más que por medio de uno de esos juicios que se escriben para los que no leen por los que no han leído. Voltaire ojeaba todos los libros, sin tomarse tiempo para estudiarlos: por eso lanzó al mundo una multitud de opiniones que pudieran llamarse de *primera vista*, adoptadas por parte de la pereza y la ignorancia. Si alguna vez el autor del *Ensayo sobre las costumbres*, discurre con exactitud, es porque adivina. Así es como de siglo en siglo cosas evidentemente falsas han pasado siendo creídas y repetidas como artículos de fé, llegando por último á adquirir una especie de verdad y una autenticidad de mentira que nada puede destruir.

Enrique (daño me hace el escribir ese nombre), aquel jóven príncipe á quien estaba dedicado ese libro, murió en la edad de diez y ocho años. Si hubiese vivido, Carlos I no hubiera reinado; las revoluciones de 1649 y 1688 no hubieran tenido lugar, ni la revolución francesa habría producido las mismas consecuencias. Sin el precedente de la ejecución de Carlos I, tal vez á nadie se le habría ocurrido en Francia el llevar á Luis XVI al patíbulo: el mundo había cambiado.

Esas reflexiones que pueden presentarse con motivo de todas las catástrofes históricas, son vanas. En los anales de los pueblos hay siempre un instante en que si tal cosa no hubiese sucedido, si tal hombre hubiese ó no hubiese muerto, si tal medida no hubiese sido tomada, ni tal falta cometida, nada de lo que sucedió habría sucedido. Pero Dios ha dispuesto que los hombres nazcan con el carácter adecuado á los sucesos que han de producir: Luis XVI pudo salvarse cien veces, y no se salvó solo porque era Luis XVI. Pue- rilidad es por lo tanto el lamentarse de accidentes que están destinados á producir indispensables consecuencias: á cada paso que damos en la vida se nos aparecen en lontananza mil objetos diversos, mil hechos futuros que se están realizando delante de nosotros; sin embargo, todo está comprendido en un solo horizonte, en la extensión del porvenir.

RALEIGH.—COWLEY.

Jacobo I mató al famoso Walter Raleigh: es leída la historia universal por causa de ese mismo señor Walter: hay autores que dan vida á sus libros, así como hay libros que eternizan el nombre de sus autores.

Cowley en el orden de los poetas, viene inmediatamente después de Shakespeare, si bien nació en una época posterior á Milton: sus opiniones políticas fueron realistas, escribió para el teatro y compuso

poemas, sátiras y elegías. Abunda en rasgos de imaginación; sus versos, según se dice, son poco armoniosos, y su estilo, aunque amanerado con sobrada frecuencia, es sin embargo más natural y correcto que el de sus antecesores.

Cowley es constante enemigo de la Francia: desde Surrey hasta lord Byron apenas habrá acaso un escritor inglés que no insultase el nombre, el carácter y el génio francés. Los escritores de este país con una imparcialidad y abnegación admirables, aceptan el ultraje, y confesando su inferioridad, celebran á son de trompeta á todos los autores de Ultramar, nacidos ó por nacer, grandes ó pequeños, machos ó hembras.

En su poema de la *Guerra civil*, Cowley esclama:

It was not so, when Edward prov'd his cause,  
By a sword stronger than the salique laws,  
When the French did fight,  
Whit women's hearts, against the women's right.

«No sucedía así cuando Eduardo sostenía su causa con una espada más fuerte que la ley Sálica, cuando los franceses combatían con el corazón de mujer contra los derechos de las mujeres.»

¡El rey Juan, Charny, Ribeaumont, Beaumanoir, los treinta Bretones, Duguesclin, Clisson y otros cien mil tenían el corazón de mujer!

Ninguno de los hombres que han dado esplendor á la Gran Bretaña, me cautiva más la atención que lord Falkland: mil veces he deseado haber sido ese completo modelo de luces, de generosidad y de independencia, y no haber aparecido jamás en la tierra con mi propio nombre y forma. Dotado de triple talento de la literatura, de las armas y de la política, fiel á las Musas bajo la tienda de campaña, y á la libertad en palacio; consagrado enteramente al servicio de un rey desgraciado, sin dejar de comprender por eso las faltas de ese monarca, Falkland dejó un recuerdo mezclado de melancolía y de admiración. Los versos que Cowley le dirigió al volver de una expedición militar, son nobles y verdaderos: el poeta principia enumerando las virtudes y talentos de su héroe, y luego añade:

Such is the man whom we require the same  
We lend the north; untouched, as is his fame.  
He his too good for war, and ought to be  
As far from danger, as from fear he's free.  
Those men alone . . . . .  
Whose valour is the only art they know,  
Were for sad war and bloody battles boru;  
Let them the state defend, and he adoru.

«Hé aquí el hombre que pedimos á los escoceses, tal como se lo hemos prestado, exento de mancha, como su gloria. Demasiado bueno para las guerras debe mantenerse á tan larga distancia del peligro como él lo está del temor. Los guerreros cuyo valor es el único arte... han nacido para la triste guerra, y las sangrientas batallas: defiendan esos al Estado y Falkland lo ennoblezca.»

¡Vanos deseos! la vida en medio de las desgracias de su país llegó á hacerse pesada para el amigo de las Musas. Echábase de ver la tristeza de su alma hasta en el descuido del traje. Durante la mañana de la primera batalla de Naseby, se adivinó su determinación de morir cuando le vieron cambiar de vestido: adornóse como para un día de gala, y al mudarse de ropa blanca dijo sonriendo: «No quiero que se encuentre mi cuerpo envuelto en un lienzo súcio: preveo grandes males; pero yo me libraré de ellos antes de concluirse la jornada.» Púsose en primera fila del regimiento de lord Byron, y allí una bala de la libertad, que amaba, le absolvió del juramento del honor de que era esclavo.

Consérvanse algunos discursos y algunos versos de Falkland, y como secretario de Estado de Carlos I

redactó con Clarendon las proclamas reales. También ayudó á Chiling Worth en su *Historia del Protestantismo*.

La Biblia traducida en parte bajo Enrique VIII, lo fue en su totalidad en tiempo de Jacobo II por los cuarenta y siete sabios; este último trabajo es una obra maestra. Los autores de esta inmensa obra hicieron para la lengua inglesa lo que Lutero hizo para el alemana, y lo que los escritores en tiempo de Luis XIII para el idioma francés: lo fijaron.

ESCRITOS POLÍTICOS EN TIEMPO DE CARLOS I Y DE CROMWELL.

Buscar la literatura en tiempos de tempestad es pedir un asilo á esos valles tranquilos que la imaginación de los poetas suele colocar en la orilla de los mares: mas si no hay algún númer benéfico que le conduzca á uno á esas moradas, es muy fácil verse impelido por otros espíritus al centro de la tempestad. La política sube á la tripode y se convierte en sibila: abundan folletos, libelos y versos satíricos impregnados de odio, y escritos con la sangre de las facciones políticas. Las guerras civiles de Inglaterra hicieron circular en abundancia deplorables producciones.

Uno de aquellos fanáticos que Burler ha entregado al ridículo, esclamaba:

«An alarm to all flesh, etc.  
Howle, bowle, shriek, bawland roar, ye lustfull,  
cursing, swearing, drunken, lewd, superstitions,  
devilish, sensual, earthly inhabitants of the whole  
earth; bow, bow you most surly trees and lofty  
oaks; ye tall cedars and low shrubs, cry out aloud;  
hear, hear ye, proud waves, and boistrous seas; al-  
so listen, ye uncircumcised, stiff-necked ad mad-  
dog's bubbles, who even hate to be reformed.»

«Alarma á toda la carne, etc.  
Ahullad, ahullad, grito, rugid, rugid, ¡oh! vos-  
otros libidinosos, malditos, blasfemos, ébrios, im-  
puros, supersticiosos, diabólicos, sensuales, habi-  
tantes terrestres de la tierra. Encorvaos, encorvaos,  
¡oh! vosotros, árboles muy desdeñosos, y vosotras  
venceñas elevadas, altos cedros y pequeños arbustos,  
gritad con todas vuestras fuerzas; oid, oid, olas or-  
gulosas, y vosotros, mares indomables, oid también  
vosotros incircuncisos, espuma dura, desnuda y ra-  
biosa que aborreceis la reforma.»

Los poetas seguían los pasos de los oradores.

Dear friend J. C., with true unfeigned love  
I thee salute. . . . .  
 . . . . . dear friend; a member jointly kni  
To all in Cerist, in heavenly places sit;  
And there, to frrends no stranger would I be,  
 . . . . .  
For truly, friend, I dearly love and own  
All travelling souls, who truly sigh and groan  
For the adoption wich sets free from sin, etc.

«Querido amigo Jesu Cristo, te saludo con un amor sin reserva... Querido amigo, yo miembro conjuntamente unido á todos en Jesu Cristo que está sentado en los celestiales lugares. Allí no seré extraño entre los amigos; amo tiernamente y lo confieso á las almas viajeras que suspiran y gimen verdaderamente por la adopción que redime los pecados.»

No era mucho más sublime la elocuencia de Cromwell si se juzga por sus discursos oscuros y sus cartas difusas. Su poesía consistía en los hechos y en su espada: fue poeta al contemplar á Carlos I en su féretro. Su musa, según él decía, era aquella mujer que se le apareció en su infancia y le anunció una corona.

También la revolución francesa ha producido escritores que han columbrado la libertad en la religión: en este terreno no es dudosa la superioridad de los autores franceses. En los campos de la cruz es donde el abate Lameneis se inspiró de aquel interés tan tierno para toda la naturaleza humana y en especial para las clases trabajadoras pobres y afligidas; marchando con Cristo por aquellos caminos, viendo los párvulos reunidos á los pies del Salvador del mundo, encontró la poesía del Evangelio. ¿No se diría que el cuadro siguiente es una parábola sacada del sermón de la Montaña?

«Era una noche de invierno. El viento silbaba en lo exterior y la nieve blanqueaba los tejados.

»Bajo uno de esos tejados, en un estrecho aposento estaban sentadas trabajando con sus manos una mujer de cabellos blancos y una jóven.

»De cuando en cuando la anciana calentaba sus pálidas manos arimándolas á un brasero. Una lámpara de barro iluminaba esa pobre morada, y un rayo de la lámpara venía á espirar en una imagen de la Virgen colgada de la pared.

»La jóven, levantando los ojos, miró silenciosamente á la mujer de los cabellos blancos, y luego le dijo: «Madre mia, no siempre os habeis visto en un estado tan miserable.

»Había en aquella voz una suavidad y una ternura indefinibles.

»La mujer de cabellos blancos contestó: Hija mia, Dios es el autor de todas las cosas: lo que Dios hace, bien hecho está.

»Dichas estas palabras, guardó silencio por algún tiempo y luego volvió á decir:

»Cuando perdí tu padre sentí una aflicción que imaginé que nunca alcanzaria consuelo: sin embargo, vi que me que quedabas en el mundo, y ya no sentí más que una cosa.

»Después he pensado que si él viviera y nos viese en esta miseria, su corazón se quebrantaria: entonces comprendí que Dios había sido bueno para con él.»

La jóven nada contestó, pero bajó la cabeza y algunas lágrimas que procuraba ocultar cayeron sobre el lienzo que tenía en las manos.

La madre siguió diciendo: «Dios, que fue bueno para con él, lo ha sido también para con nosotras. ¿Qué nos ha faltado á nosotras en tanto que á otros les ha faltado todo?

»Cierto es que hemos tenido que reducirnos á muy poca cosa y que aun ésta la hemos tenido que ganar con nuestro trabajo; pero ¿no hemos pasado? ¿No hemos nacido todos condenados á vivir de nuestro trabajo?

»Dios en su bondad nos ha dado el pan de cada día; ¿cuántos hay que no lo tienen! Nos ha dado un asilo; ¿cuántos hay que no saben dónde guarecerse!

»¡A mí me ha dado una hija como tú! ¿De qué me he de quejar?»

A estas palabras, la jóven, enteramente conmovida, se dejó caer en las rodillas de la madre, cogió sus manos, las besó y ocultó el rostro bañado de lágrimas en el seno de la anciana.

Y la madre haciendo un esfuerzo para levantar la voz, la dijo: «Hija mia, hija mia, la dicha no consiste en tener mucho, sino en esperar mucho y amar mucho.

»Nuestra esperanza no se funda aquí en este mundo, ni nuestro amor tampoco; si existe aquí abajo no es más que de un modo muy pasajero.

»Tú me haces veces de todo en este mundo después de Dios; pero este mundo se desvanece como un sueño y por eso nuestro amor debe elevarse con nosotros hacia otro mundo.

»Cuando os llevaba en mi seno, cierto día oré con fervor á la Virgen María: se me apareció durante el sueño y me pareció que con una celestial sonrisa me presentaba un niño pequeño.

»Cogí el niño que me presentaba y cuando lo tuve en mis brazos, la Virgen María puso en mi cabeza una corona de rosas blancas.

»De ahí á pocos meses viniste al mundo y la dulce vision siguió constantemente presentándose á mi vista.»

Al decir estas palabras la mujer de cabellos blancos se estremeció y estrechó contra su corazón á la jóven.

Algunos días despues una alma santa vió dos formas luminosas que se remontaban al cielo, y un coro de ángeles que las acompañaban haciendo resonar el aire con cantos de triunfo.

Vivimos como en tiempo de Cromwell en un siglo de reforma: si entonces se notaba mas moralidad y conviccion en las almas, ahora se echa de ver mas mansedumbre y dulzura en los espíritus. El puritanismo dista mucho de esa paz y de esa armonía que la filosofía religiosa de Mr. Ballanche ha introducido en el cristianismo.

KILLING NO MURDER.—LOCKE.—HOBBS.—DENHAM.—HARINGTON.—HARVEY.—SIEYES.—MIRABEAU.—BENJAMIN CONSTANT.—CARREL.

El folleto mas célebre de aquella época fue el denominado *Killing no murder* (matar no es asesinar.) Su autor el coronel republicano Titus invita en una dedicatoria irónica á su alteza Oliverio Cromwell á morir por la dicha y la libertad del pueblo inglés. Desde la publicacion de este escrito no se volvió el protector á sonreír, y comprendió que estaba abandonado del espíritu revolucionario que lo habia tomado por guia, no se acomodaba á reconocerlo por dueño. La mision de Cromwell estaba terminada: su país y su siglo no necesitaban de él: el tiempo no se detiene para admirar la gloria: sirvese de ella y pasa adelante.

He leído (tal vez en Gui-Patin) un hecho curioso en que nadie ha fijado la atencion; el doctor afirma que *Killing no murder*, fue escrito primeramente en francés por un noble de Borgoña.

Locke considerado como poeta, hizo muy malos versos en honor de Cromwell; Walter los habia hecho muy buenos.

La baja de la lisonja, que sobrevive al objeto de la adulacion, no es mas que mera excusa de una conciencia enferma; se exalta un poder que ya no existe para justificar el pasado servilismo. Cromwell fue traidor á la libertad que lo habia engrandecido: si el resultado de su traicion hubiese podido pasar por inocencia; si prostituyendo hasta á la posteridad ese resultado le hubiera impuesto cadenas; si esa posteridad, futura, esclava, hija de una esclavitud pasada, pudiera por medio del soborno llegar á ser cómplice del primer tirano afortunado ¿dónde iria á parar el derecho? ¿Dónde estaria el precio de los sacrificios? Siendo el bien y el mal no mas que relativos, desapareceria toda moralidad de las acciones humanas.

Por otra parte ¿quién querría defender la santa independencia y la causa del débil contra el fuerte, si el valor, espuesto á la venganza de las vilezas del presente, estuviera ademas espuesto á la reprobacion del porvenir? El infortunio sin voz llegaria á perder hasta el órgano de la queja y los dos grandes abogados del oprimido, la probidad y el talento, tendrian que enmudecer.

Hobbes realista, por aversion á las doctrinas populares, se arrojó á un extremo opuesto: todo lo derivó de la fuerza y de la necesidad. Reduciendo la justicia á una funcion del poder, no atribuyendo su origen al

sentido moral, no echó de ver que la democracia tenia tanto derecho como la *unidad* á partir de ese mismo principio.

La sociedad, que marchando por su pendiente natural se iba encaminando hácia el establecimiento del gobierno popular, no retrogradó con el sistema de Hobbes, no obstante los excesos de la revolucion inglesa, ni se detuvo en su marcha sino por la influencia de Luis XIV, que le atajó el paso con su gloria. Hobbes proclamaba el escepticismo como los filósofos franceses del siglo xviii, pero lo enseñaba con tono imperioso y con toda la arrogancia dogmática. Quería que el mundo creyera lo que él no creía, y predicaba la duda con fueros de inquisidor. Su estilo tiene energía y su Tucídides no ha merecido caer en tanto descrédito. Aquel titulado espíritu fuerte era el mas pusilánime de todos los hombres, y solo el pensamiento de la muerte le hacia estremecer; la naturaleza lo condujo hasta la edad de noventa y dos años para entregarlo á la muerte como desvanecido, como el enfermo que en medio de un desmayo queda sometido al bisturí del operador.

Todavía conserva algo de celebridad sir John Denham en su poema descriptivo de Cooper's Gill. También este autor fue realista y agente en Lóndres de la correspondencia de Carlos I con la reina, cuando Cowley lo era en París: las musas prestaban sus servicios á la ternura conyugal y á la desgracia.

La *Oceana* de Harington es una repeticion de la *Utopia* de Tomás Moro. ¿Dónde se encontrará un gobierno perfecto? En *Utopia*, en ninguna parte como el nombre lo indica.

Harvey publicó su descubrimiento de la gran circulacion de la sangre. Ningun médico de Europa que hubiese llegado á cuarenta años de edad, quiso admitir la doctrina de Harvey, y éste perdió muchas visitas en Lóndres, solo por haber descubierto una tan importante verdad. Harvey fue alentado por Carlos I y le permaneció fiel. Serveto, quemado en *efigie* por los católicos, y en *persona* por Calvino, habia indicado la circulacion de la sangre en el *pulmon*: culpa fue del siglo que un sabio como Serveto se convirtiera en un hereje vulgar; á quien otro hereje arrojará á la hoguera.

Por lo demás hablando de los folletos ingleses puramente políticos, es preciso conocer que aun no estando infectados de la jerga teológica de aquella época, lo cual es raro, se quedan á inmensa distancia de las investigaciones modernas francesas. Esceptuando Milton, ningun publicista de la revolucion de 1649 puede compararse con Sieyes ni con Mirabeau, ni con Benjamin Constant, ni mucho menos con M. Carrel. Este último, como escritor enérgico, sólido, hábil y lógico refleja en su estilo algo de la elocuencia positiva de los hechos: su modo de decir es hueco al par que grave; es por decirlo la historia revelada por los monumentos.

#### MILTON.

SU NACIMIENTO.—COLEGIO.

Entre una multitud de prosistas y poetas, durante los borrascosos reinados de Carlos I y el Protector; descuella la hermosa cabeza de Milton. ¿Dónde están los contemporáneos de ese ingenio, los Cowley, Walter, Denham, Marvel, Suckling, Crashaw, Lovelace, Davenant, Wither, Habington, Herbert, Carew y Stanley? Esceptuando dos ó tres nombres de esos ¿qué lector francés conoce los demás? El *Genio del Cristianismo* habla razonablemente del *Paraiso Perdido*. Tenia que hacer pública penitencia por lo concerniente á varias de mis apreciaciones de Shakespeare y del Dante, pero ninguna reparacion tengo que hacer por lo relativo al hombre cuyo poema ha dado moti-

vo á mis investigaciones sobre la literatura inglesa: no me falta ya mas que desarrollar los motivos de una admiracion aumentada por el exámen mas detenido de aquella obra maestra. Viéndome obligado á tener que fijar mas detenidamente la atencion en las bellezas que intentaba hacer pasar al idioma francés, he tenido ocasion de apreciarlas mejor perdiendo al

mismo tiempo la esperanza de reproducirlas como yo las concebía.

Milton no existía: de nadie era conocido: su número, saliendo de la tumba como una sombra, vino á preguntar al mundo por qué razon se le tenia en tal olvido. Lleno de asombro el mundo, fijó los ojos en aquella gran sombra, y preguntó si en realidad el au-



CARLOS I.

tor de doce mil versos olvidados era inmortal. La vision brillante y magestuosa le hizo por de pronto bajar los ojos, y luego el mundo se prosternó ante ella y adoró. Entonces fue preciso saber lo que habia sido ese secretario de Cromwell, ese apologista del regicidio detestado de unos y despreciado de otros. Barle principió á investigar hechos por lo tocante á la *estatura y fisonomia de Milton*: esa fisonomia era altiva y valia no menos que la de un monarca.

Una maldicion pesaba sobre la noble familia de Milton, despojada de su fortuna durante las guerras civiles de la Rosa encarnada y la Rosa blanca; el padre de Milton era protestante y su abuelo católico; éste desheredó á su hijo, y la maldicion del abuelo, saltando una generacion, vino á gravitar sobre la cabeza del nieta.

El padre de Milton, establecido en Lóndres, donde desempeñó una escribanía, se casó con Sarah Caston